

inoportunas este... hombre... oye, ¿me explico? y en algunas palabras obscenas. Pero el enlace de las palabras y períodos más natural y elegante al mismo tiempo, es aquel que se verifica por medio de las modificaciones palpables y necesarias que un pensamiento causa sobre otro pensamiento; entónces el estilo marcha ligero, sostenido solamente por la idea. Esto se nota en los tropos, en las trasposiciones y en los grandes movimientos de la elocuencia y de la poesía. Las locuciones anfibológicas, en ese estilo, no son un obstáculo grave sino en el caso en que la significacion extraña se presente ántes que la propia ó compita con ella. Los gramáticos ven con horror esa clase de locuciones, y sujetándolas al orden más seguro, aunque claudicante, las despluman. *Qui illius impudentian norat et duritudinem*; que conocia su impudencia y su dureza. *Te nunc sancta precor, Venus et genitrix patris nostri*; yo te imploro ahora, Vénus, diosa y madre de mi padre. En tales ejemplos se descubre que en castellano lo mismo que en latin, sin oscuridad ni anfibología pudiera decirse: á tí, ahora diosa, ruego, Vénus y madre de mi padre; que su impudencia conocia y dureza.

La lengua española, aunque ménos que la francesa, es tímida en sus movimientos; sin embargo, en ella encontramos tales trasposiciones, que podrian animarnos para aventurar otras muchas. Notamos tambien la acertada supresion de muchas partículas auxiliares. En las Partidas leemos: *Non conviene al Rey cobdiciar ser muy vicioso. Cuando el home mucho se ha á él (vicio) usado, non se puede despues partir dél, é tómalo por costumbre, de manera que se torna como en natura. El home que cobdicia grandes tesoros allegar para non obrar bien con ellos.* Las reglas, que no son sino tipos ideales para aproximarse en la práctica á determinada medida, exigirian en las palabras anteriores un *el*, ya precediendo á *cobdiciar*, ya al verbo *ser*, y la inversion *allegar grandes tesoros*. En la frase *de manera que se torna como en natura*, se observaria que *torna* puede aplicarse lo mismo á home que á vicio. Pero en estos y en otros muchos casos lo que alumbrá todo es el pensamiento.

A cualquiera idioma, por lo mismo, le son naturales todos los modos en la colocacion de las palabras; ellos se explican por la accion inmediata, por la influencia de las partículas auxiliares

y por la accion á distancia de la idea. El órden gramatical ó lógico prefiere la influencia de contigüidad y el uso de las palabras copulativas. El órden argumentativo se vale de todas las expresiones que caracterizan una proposicion como parte de un silogismo. Y las pasiones, alumbradas por la imaginacion, suprimen las palabras y frases transitorias y pasan sin extraviarse de un objeto al otro y vuelven al primero; y cuando se valen de la repeticion, buscan un aumento de fuerza; así como en las inversiones y en los paréntesis y en el exabrupto se dejan arrebatar por su objeto.

Tan variados recursos, acompañándose con la audacia de los tropos y con las notas simultáneas del lenguaje de accion, nos permiten encerrar en cortas sentencias los más variados y fecundos pensamientos: esto sucede aun en las frases más sencillas.

A *Hidalgo, la patria agradecida*. Bastan estas palabras sobre un monumento para que se comprenda fácilmente que ellas equivalen á esta oracion: *La patria agradecida consagra á Hidalgo este monumento*. Suprímese en tal caso la frase *este monumento*, porque el mismo monumento hace las veces del lenguaje de accion; si un individuo pronunciase la dedicatoria, se limitaria á señalar la estatua ó la pirámide ó cualquiera construccion á que sus palabras se refiriesen. La preposicion *á* encierra toda la fuerza del verbo; expresa el objeto.

A *la más hermosa*, escrito sobre la manzana de oro que la Discordia arrojó entre Vénus, Minerva y Juno, equivale á este discurso: «Yo regalo esta manzana á cualquiera de ustedes que sea reconocida por la más hermosa; creo disputable la preferencia entre la sabiduría, el poder y la hermosura.»

Con un poco de tuerto llega el hombre á su derecho. En los refranes á que da principio la preposicion *con* siempre aparece un verbo; pero nótese que en esas frases existen dos proposiciones y el verbo se suprime, por lo comun, en la que lleva la preposicion expresada. Cuando el refran sólo contiene una proposicion principal, la preposicion iniciante ó directiva hace las veces de verbo: *de un camino dos mandados; del mal el ménos; á la hija mala, dineros y casarla*.

Ningun omne que a en su poder ó en su guarda el pueblo que lo non agrave de despesas. Fuero Juzgo.— *Ni un hombre cuando tie-*

ne en su poder ó en su guarda al pueblo, esto, no lo agobie con gastos. El segundo que equivale á mando esto. Ninguno; nadie está exceptuado. *El pueblo*; y se suprime la preposicion *a*, porque del contexto de la frase se infiere inmediata y rectamente que el pueblo es el guardado por el hombre. *Marques tanto quiere decir: que está en comarca de reinos*. Comarca es la *marca* comun. *Novicios llaman á los que entran nuevamente*. *Padrino es como nombre*. *Fasta una legua que son tres mil pasos*. *El dicente alijarero*. *Que llaman en latin original*. *Desafiamiento es cosa que aparta*. *Llaman en algunos lugares bandera*. Las fórmulas expresadas y otras sirven en las Partidas para definir las palabras; el autor comienza la frase por donde le conviene.

«¡Oh hermanas mias en Cristo! ayudadme á suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí: éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones.» Santa Teresa. Entre varias cosas que pueden observarse en el discurso trascrito, llama la atencion la forma con que aparece el siguiente argumento: «Vuestro llamamiento es éste; luego éstos han de ser vuestros negocios y vuestros deseos y vuestras peticiones; y para esto emplead ahora vuestras lágrimas.» El movimiento oratorio ha introducido en ese trozo un desórden verdaderamente pindárico; y el tono de la voz y los ademanes son necesarios para hacer esas palabras poderosamente persuasivas. Redúzcase todo al órden gramatical y á los elementos lógicos, y no tendríamos sino un entimema verdaderamente insustancial en un lenguaje chabacano.

«Yo he visto derramar lágrimas de un gran contento, y aun me ha acaecido alguna vez.» Así dice la misma santa, sin temer que los gramáticos le pregunten si lo que le ha acaecido es *ver*; ella sabe que la lógica es bastante para unir sin anfibología á *derramar* con *acaecer*.

Sigüenza dice: «La lengua castellana, si es llana, se desprecia; si con cuidado, parece afectacion; poco usada, cultivada de pocos, y los que piensan que la saben, piensan tambien que hablarla consiste en vocablos nuevos, no conocidos de nuestros padres.» Nada puede darse más claro que el anterior período; y si no fuera de Sigüenza, sino de un estudiante, su pedagogo ha-

ria dogmáticamente algunas observaciones; por ejemplo: ¿por quién se desprecia la lengua? ¿por qué no agregar *se habla á con cuidado*? No es afectacion decir *afectacion* en vez de *afectada*? *en usar vocablos nuevos y hablarla bien*, ¿no es más claro que *hablarla consiste en vocablos nuevos*? Sigüenza no sólo ha sido claro, sino elegante; sus palabras no podian adornarse ni con el lenguaje de accion, ni con tropos exquisitos, pero sí brillantarse con la concision; y en efecto, lo que ha suprimido no hace falta.

El lenguaje de accion dota á los períodos de una circunstancia que, á primera vista, parece un adorno cuando muchas veces completa y determina el sentido: supuesto que el lenguaje de accion, fuera de los ademanes y otros movimientos, consiste inmediatamente en el tono de la voz, bien podemos inferir á priori que en cualquier discurso, sobre todo en los apasionados, una acertada alternativa y sucesion de tonos debe producir un conjunto musical: esto se llama armonía.

«Habian andado los portugueses la mayor parte de su camino, con la primera luz del alba; y descansando algo del trabajo, descubrieron los morriones y plumas del enemigo que resplandecian. Galvan entónces dando una voz y aclamando, todos dijeron: ¡al arma, al arma!» Esta describeion de Bartolomé Argensola, por sencilla que sea, no puede leerse en voz alta sin entregarse á la declamacion oratoria, desde que se descubren resplandecientes los morriones del enemigo, y sin levantar la entonacion hasta la oda al escuchar que á la voz de Galvan todos gritan ¡al arma! ¡al arma! En la misma irregularidad de las palabras *aclamando* y *dijeron*, aparece un movimiento propio de la situacion que se retrata. El narrador, entónces, canta.

Lo mismo sucede con esta pintura de Moncada: «En tanto que sus brazos pudieron herir, siempre hicieron lo que debian; y cuando desfallecian, con el semblante y los ojos mostraban que el cuerpo era el vencido, no el ánimo.»

No debe confundirse esta *armonía* con aquella otra que consiste en la intercalacion ingeniosa de verdaderos versos que involuntariamente se declaman cuando resultan más ó menos aislados por el pensamiento que encierran.

Oigamos á Fray Luis de Granada. «Cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh án-

geles de paz! llorad con esta sagrada Virgen. Llorad cielos, y llorad estrellas del cielo; y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la madre con el cuerpo despedazado; apriétalo estrechamente entre sus pechos; para esto sólo le quedaban fuerzas.» En tan bello trozo á la armonía declamatoria se reune, produciendo un canto dulcísimo, el ritmo de los versos, *acompañad el llanto de María: para esto sólo le quedaban fuerzas.*

La armonía declamatoria, inseparable del lenguaje, es todavía más sensible en el diálogo, porque en éste á los grupos de notas graves y agudas, largas y breves que se forman naturalmente en todo discurso, se agregan los tonos especiales y variados que á cada interlocutor corresponden. En la Carátula de Lope de Rueda hay este trozo: "*Salcedo. ¿Qué hay? Acabemos.—Alameda. Habla quedo.—Salcedo. ¿Qué aguardas?—Alameda. Más quedo.—Salcedo. Dí lo que has de decir.—Alameda. ¿Hay quien nos escuche?—Salcedo. ¿No te habemos dicho que no?—Alameda. Sabed que me he hallado una cosa con que podré ser hombre, de Dios en ayuso.—Salcedo. ¿Cosa de hallar, Alameda? Tu compañero quiero ser.—Alameda. No, no; solo me lo hallé; solo me lo quiero gozar, si la fortuna no me es adversa.—Salcedo. Amuestra qué te has hallado, enséñanoslo.*" Veamos también cuánta vida saca de la declamación este pequeño diálogo de la Celestina: "*Melíbea. En todo has tenido buen tiento: así en el poco hablar en mi enojo, como en el mucho sufrir.—Celestina. Señora, sufríte con temor, porque te airaste con razon.....—Melíbea. Encárgote ese caballero.—Celestina. Señora, más merece; y si algo con mi ruego para él he alcanzado, con la tardanza lo he dañado: yo me parto para él, si licencia me das.—Melíbea. Mientras más aina la hubieras pedido, más de grado la hubieras recaudado: ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traído provecho, ni de tu ida me puede venir daño.*"

Las leyes de la naturaleza, desde nuestras primeras observaciones individuales, se formulan en nuestra mente bajo estos dos aspectos ó grupos: acontecimientos simultáneos, acontecimientos sucesivos. A esto llamamos en los fenómenos causas y efectos. El lenguaje, en consecuencia, debería reducirse á expresar la influencia de unos objetos sobre otros, la influencia de los ob-

jetos exteriores sobre nuestra inteligencia, y la influencia que ésta ejerce sobre los objetos exteriores, comprendiendo entre ellos las inteligencias de nuestros semejantes. Pero existen también dos puntos especiales desde donde contemplamos la naturaleza: la creencia en el libre albedrío, y la creencia en la predestinación. Estos dos puntos son artificiales y falsos, son un verdadero espejismo. Sin embargo, la imaginación y las pasiones se complacen en vagar sobre ese campo engañoso, y el lenguaje refleja sin cesar como verdaderas todas las visiones de ese sistema. *Querer*, es obrar en virtud de un deseo; *creer*, es querer la existencia de un objeto deseado, consentir en ella; y así nosotros suponemos en nuestras creencias causas que no existen. Esas causas hipotéticas, á su vez dan origen al sistema opuesto de la predestinación, y de ese modo nacen la metafísica y la teología, y el lenguaje se convierte en un delirio intermitente y en un poderoso instrumento de engaño. A pesar de tanta degeneración, las palabras y las frases siguen sometándose en su desarrollo á las leyes sencillas que llevamos explicadas; por eso la etimología nos descubre muchas veces los elementos del mal en los errores más brillantes del orador y del poeta.